

viera, y muere bajo el hacha de los bárbaros con cincuenta y dos compañeros suyos sobre las costas mas apartadas de la Frisia.

En pos de él se presenta á nuestros ojos con un esplendor admirable el siglo noveno. Apóstoles cuyos nombres amontonados unos sobre otros brillan en los fastos de la Iglesia, van á arrojar sus redes de *pescadores de hombres* (1) entre los cimbrios, los daneses, los suecos, los vándalos, los búlgaros, los chazanes ó turcos del Danubio, los moravios, los rusos, los bohemios, la inmensa familia de los slavos, al mediodía de la Europa entre los vascos, *y sus redes se rompen* bajo el peso de su pesca milagrosa (2). En medio de ellos, un hombre sublime entre todos aquellos sublimes misioneros, deja escapar al fin de su carrera una lágrima que no es de la tierra, que no es del hombre y que debemos recoger de paso con todo el respeto debido á lo que viene del cielo. El denodado San Anscario, apellidado el *apostol del Norte*, llora por no morir mártir..... ¡Oh! ¡que se busque eternamente en otra parte que en la Iglesia católica, y se nos muestre si es posible, un hombre que se lamenta de morir con una muerte demasiado suave!

Por último, desde aquella época hasta fin del siglo XII, entran sucesivamente en el redil de Jesucristo á la voz de San Adalberto, San Sigefrido, San Poppon, San Bruno y otros misioneros católicos, los polacos, los suecos, los daneses, los prusianos, los húngaros, los normandos, los noruegos, los pomeranios, los finlandeses, los habitantes de Curlandia y de Islandia; otros tantos trofeos gloriosos de la Iglesia sobre las supersticiones brutales, sobre la disipacion, sobre la degradacion de la humanidad, sobre la barbarie de las ideas y de las costumbres. Véase como esa edad media, tan desacreditada por la Reforma, que no quiere ver en ella mas que una época de decadencia deplorable, se muestra fiel, constantemente fiel en cumplir el

(1) San Mateo, IV, 19.

(2) San Lucas, V, 6.

mandato del divino Maestro: «Id é instruid á todas las naciones (1),» no cesando de trabajar y trabajando eficazmente en civilizar y santificar nuevos pueblos: ahí estan los hechos y ahí están consignadas en la historia por la pluma nada sospechosa de Eduardo Ryan, las virtudes mismas de los pueblos convertidos (2).

Hemos llegado ya al siglo XIII: continuemos marcando los pasos benditos de aquellos que *el señor* envia á los pueblos *que no le buscan* (3). A vosotros os toca ahora, habitantes de la Livonia: ya es tiempo, levantad la cabeza, vuestra noble cabeza de hombres inclinada ignominiosamente ante bestias, árboles y espíritus inmundos; y vosotros tambien, cumanos, pueblo nómada, infiel y bárbaro, ved que os llegan ángeles de paz y de luz; entrad á vuestra vez en el gremio de la Iglesia católica, acudid á poner á los pies de los misioneros en cambio de la verdad religiosa y de la civilizacion que os llevan, el tributo de vuestras almas para aumentar el tesoro de conversiones que esa misma Iglesia amontona sin cesar *en los graneros del Padre celestial* (4).... Ya acuden esos *lobos rapaces* (5) á sentarse tímidos como corderos al hogar de la gran familia católica: y en pos de ellos en los siglos XIV y XV van á colocarse allí tambien numerosos neófitos de la Tartaria, de Persia, de Georgia, de Moldavia, de Lituania, de las islas Canarias, del Congo, de Angola, de otras comarcas de Africa y de las Indias Orientales.

Con esos inmensos trabajos del apostolado se encadenan á porfia las órdenes religiosas suscitadas por Dios para defender y estender su Iglesia: los hijos de Santo Domingo, los hijos de S. Francisco de Asis, los de S. Francisco de Paula, como en la edad media los hijos de S. Benito, habian

(1) San Mateo, XXVIII, 19.

(2) *Beneficios de la religion cristiana*, obra de Eduardo Ryan.

(3) *Idem* LXXV, 1.

(4) San Mateo, XIV, 30.

(5) San Mateo, VII, 15.

hecho admirar con frecuencia su celo y su valor para las misiones. ¡Qué hermoso espectáculo es ver volar de Europa al otro lado de los mares á esa multitud de apóstoles que no respiran mas que el dulce fuego de la caridad de Jesucristo y dejan en todas partes á su paso huellas de gigantes! Un humilde religioso de S. Francisco, por ejemplo, el hermano Montcorvino, marcha á pié vestido con un saco de lana y un palo en la mano sin mas apoyo que el de su Dios; cruza la Tartaria, la Persia, visita una parte de las Indias y penetra hasta en la China septentrional con una misiva del Papa para el emperador: ese es el salvo conducto del misionero, esas son sus credenciales. Llega allá, es bien recibido y se le concede libertad para predicar: en seis años bautiza á seis mil personas..... ¡Y qué mas maravilla que los triunfos inauditos de esos otros franciscanos que en la Bulgaria bautizaron en ciento sesenta dias (el número es increíble pero verdadero porque el rey hizo inscribir exacta y oficialmente todos los nombres en registros públicos) á mas de cien mil hombres! ¡Oh Iglesia católica! ¡gloria á ti! gloria inmortal! ¡gloria á tu propagacion progresiva, incesante, universal! ¡gloria al elevado poder de tus órdenes religiosas, á esos ilustres, á esos incomparables regeneradores de las naciones!...

En el momento de entrar en el siglo XVI, recojámonos por un momento ante esa grande época. Una era enteramente nueva va á inaugurarse sobre el mundo. El demonio de la heregia hace agitar el cráter de los infiernos contra la Iglesia: entreábrese los flancos del abismo; y sobre reinos enteros se precipita como un torrente una lava ardiente de racionalismo mordaz, de iluminismo fanático, de injurias atroces, de impudente libertinage. De Wittemberg, por la puerta de la taberna del Águila Negra (1); de Ginebra, por la puerta de un consistorio teocrático (2); de Lon-

(1) Véase la *Historia de Lutero*, por Audin.

(2) Véase la *Historia de Calvino*, por el mismo autor.

dres, por la del gabinete impuro de una vil cortesana (1) sale ese torrente devastador vomitando las olas encrespadas de su cólera y de su orgullo no domado. Así nació el protestantismo. ¿Y qué va á hacer la Iglesia? ¿Llamará de las comarcas lejanas en su socorro á las santas legiones de sus misioneros magnánimos?... No. Mientras que la Reforma surge é invade una parte de Europa, América sale tambien de las aguas: nace un nuevo mundo, y al mismo tiempo un plantel inagotable de nuevos obreros evangélicos, de nuevos defensores, de nuevos propagadores de la fé católica, que bastan para proteger la porcion sana de la cosecha reunida hace tantos siglos en Europa y para ir á recojer á tierras lejanas la cosecha nueva. Ignacio ha venido ya al mundo y se ha hecho hombre: es herido en el sitio de Pamploña y es ese un golpe de la Providencia: véasele muy luego convertido en peregrino, despues en humilde estudiante, luego en misionero, en creador de todo un püeblo de misioneros, á ese page, á ese valeroso soldado que mereció que un protestante dijera en gloria suya que «sus hijos, misioneros y mártires, hicieron ellos solos mas conquistas para el catolicismo, que pérdidas le habia causado la Reforma (2).» Mirad como se afanan: no pueden ser contados, en fuerza de lo mucho que se multiplican: no puede seguirseles con la vista, pues tal es la rapidez con que marchan por todas las vias del apostolado y la multitud de playas que á la vez visitan (3)... En medio de todos esos nobles heraldos del Evangelio descuella á mayor altura que la de la cabeza (4) el humilde Francisco Javier. Ignacio le encuentra en Paris y se asocia á su empresa: marchan los dos á Roma, y el Papa pone en manos de Javier la antorcha sagrada del Evangelio para las naciones orien-

(1) Véase la *Historia de Enrique VIII*, por el mismo.

(2) *La Reforma contra la Reforma*, por Hoeninghaus, t. I, pág. 487.

(3) Véase la excelente *Historia de la compañía de Jesús*, por M. Cretineau-Joly.

(4) I, Reyes, X, 23.

tales, como si le dijese: «Alemania, Suiza é Inglaterra nos abandonan: marcha, pues, que necesitamos nuevos reinos: atrae á Dios nuevos hijos de los países lejanos y nuevas hijas de las estremidades de la tierra (1)...» Parte el jóven jesuita de treinta y seis años y se lanza como un gigante (2) en la inmensa carrera que se abre á su celo. Dios no le permite emplear en sus conquistas mas que el corto espacio de diez años, y en esos diez años consume su obra: en esos diez años aquel milagro viviente hace viajes que computados uno tras otro en linea recta hubieran bastado para dar tres veces la vuelta al mundo (3), y luego muere á la vista de la China cuya conversion ambicionaba con toda la fuerza de su celo, y muere radiante de júbilo legando á su querida madre, la Iglesia católica, todo un mundo de fervientes neófitos.

¡Y cuánto no podríamos decir de las misiones que hacen en otros puntos otros hijos de S. Ignacio y de los prodigios que verifican! ¡Qué tiernas páginas nos suministrarían sus piadosas emboscadas para atraer á los salvajes y amansarlos suavemente con el yugo sagrado del Evangelio, y aquellas admirables sumisiones del Paraguay de las que el mismo Raynal hace un magnífico elogio (4)! ¡Cuánto no podríamos decir también de tantos y tantos apóstoles infatigables muertos de estenuacion y de sufrimientos, ó asesinados y devorados por los mismos á quienes iban á criar para la vida nueva de la gracia (5) á costa de tantos sacrificios! ¡Oh! Preciso es nombrar al menos al prodigioso padre Claver que se consagró por un voto perpetuo á servir á los negros á fin de conquistarlos para Dios, y que pasó alegremente su vida en los establos húmedos donde yacían amontonados, curando sus llagas con indecible amor y haciendo fructifi-

(1) Is., XLIII, 6.

(2) Salm., XVIII, 6.

(3) Véase la vida de S. Francisco Javier, por el P. Bonhours.

(4) Historia filosófica y política de los establecimientos europeos en las Indias, t. III, lib. VIII.

(5) Galat., IV, 19.

car á fuerza de cuidados y de paciencia heróica las hermosas virtudes del cristianismo en aquellas toscas almas.

¡Pero qué inmenso cuadro desplagan á nuestros ojos las misiones de Levante, de la América, de las Indias, de la China, de Tonquin, de la Abisinia, de la Georgia, etc.! ¡Qué admirable historia la de las diferentes sociedades católicas consagradas á ese ministerio en todo el universo desde el siglo diez y seis hasta nosotros! No solo las congregaciones religiosas que hemos citado ya y que continúan todavía la obra apostólica, sino los lazaristas, los teatinos, los sacerdotes de la propaganda, los del seminario de las misiones extranjeras, los del seminario del Espíritu Santo, los de la sociedad de Picpus, los maristas, los oblatos, etc., suministrarían rico asunto para numerosos volúmenes, y no bastarían estos para referir sus trabajos y sus triunfos, para pintar sus heroicos sufrimientos, sus martirios sublimes (1). ¡Quién no ha oido hablar en nuestros dias de los Marchand, los Gagelin, los Perboyre, los Chanel, los Epale y tantos otros que tan generosamente hicieron el sacrificio de su vida, como también de los Galy, los Duclos, los Charrier, etc., nobles confesores de la fé católica que llevaban sobre sus cuerpos las honrosas cicatrices del junco indiano y de las cadenas, dignos sucesores todos ellos de aquellos doce primeros misioneros elegidos y enviados por Jesucristo, que tan bien supieron padecer y morir por su predicacion (2)!... La sangre vertida por esos héroes contemporáneos nuestros, humeaba todavía sobre la tierra extranjera y ya en nuestros puertos se embarcaban sabiéndolo bien, otros sacerdotes católicos para ir tan lejos á recoger la peligrosa herencia de su apostolado (3). Mas todavía: Charrier y Galy, los mismos que, condenados á muerte despues de tormen-

(1) Véase la interesante coleccion de las *Cartas edificantes y curiosas*; el de los *Anales de la propagacion de fé*; la *Historia de las misiones*, por Henrion; las *Conferencias sobre las doctrinas y las prácticas de la Iglesia católica*, por N. Wiseman, t. I, conferencia VII.

(2) Véanse los *Anales de la propagacion de la fé*, de 1835 á 1843.

(3) Véase la misma coleccion.

tos numerosos, habian sido libertados por la intervencion de una fragata francesa ¿no volvieron á salir para la Cochinchina, seguros de encontrar allí de nuevo la persecucion, pero diciendo al abandonar otra vez su patria: «Es siempre un gran motivo de confianza en el momento de la agonía, llamar á la puerta del cielo con los hierros de que uno muere cargado por el nombre del divino Jesus (1)?»

Véase, pues, desde hace mas de diez y ocho siglos una cadena no interrumpida de misioneros, una raza perpétuamente viva de héroes consagrados en vida y muerte, y á través de mil dificultades y trabajos de toda especie, á la felicidad de aquellos á quienes no conocen y de quienes no aguardan mas que desaires, ingraticudes, suplicios!... Véase un pueblo imperecedero de conquistadores pacíficos, que no saben mas que esparcir beneficios sobre sus enemigos mismos, que no saben mas que inmolarse por ellos y vengarse aumentando su celo y su caridad mas tierna. ¡Fenómeno maravilloso humanamente inexplicable!... Hé visto en la historia un Alejandro, un César, pero en pos de cada uno de ellos un vacío inmenso: en vano he buscado los herederos de su grandeza y de su gloria. Hemos visto en este siglo al gran hombre de los tiempos modernos, al génio militar y político; pero ¿dónde están los sucesores de ese héroe entre todos esos hombres que se agitan sobre la escena del mundo? Y luego Alejandro, César, Napoleon dejaron gloria en pos de sí; pero tambien ruinas, lágrimas, sangre..... ¿y quién no sabe cuál fué su móvil?... Hé visto en la historia pueblos conquistadores; pero ¿cuánto tiempo han durado? A veces la vida de un hombre y una vida corta como la de Alejandro: á veces tambien algunos centenares de años, pues su pueblo no vivió engrandeciéndose con sus conquistas mas que el espacio de dos siglos, y no pudo conservar su imperio y su magestad mas que cuatrocientos años, despues de los cuales, encentado por todas partes, principió una agonía larga, terminada

(1) *Anales de la propagacion de la fé*, núm. 95.

por la disolucion mas completa..... Así vemos que los héroes de la gloria humana pasan sobre la tierra sin dejar posteridad que se les asemeje: los pueblos conquistadores viven mas largo tiempo, pues así debe suceder; pero á su vez pasan, y como pueblos, pasan pronto. Al contrario el apostolado católico es una inmensa familia de héroes, de celo sobrehumano, una familia de héroes permanente hace mas de diez y ocho siglos: la Iglesia católica es una inmensa nacion conquistadora, á pesar de las luchas intestinas que ha tenido que sostener constantemente contra las heregias (1), conquistadora siempre por medios siempre pacíficos, por el solo ascendiente de la palabra ayudada de la fuerza de arriba (2).... Honor, pues, honor y gloria eterna á esa Iglesia de quien la historia enseña que nunca ha faltado á este divino mandato de su fundador: «Id é instruid á todos los pueblos (3)!» Honor y gloria á esa Iglesia que continúa tan noblemente en nuestros dias la obra de los apóstoles, y que se deja con tanta generosidad abrir las venas para regar y fertilizar las tierras incultas que está llamada á desmontar y á cubrir de ricos sembrados!

(1) Véase el cap. XIII siguiente.

(2) San Lucas, XXIV, 49.—Véase el *Diccionario teol.* de Bergier, art. *Misiones*, y art. *Norte*.

(3) San Mateo, XXVIII, 19.

CAPITULO XII.

CONTINUACION DEL MISMO ASUNTO: CARACTERES DEL APOSTOLADO CATÓLICO.

El apostolado católico, cuyo cuadro hemos bosquejado rápidamente, presenta á todo espíritu observador cuatro caracteres culminantes, propios, exclusivos: perpetuidad, fecundidad, desinterés y fuerza.

Nuestros misioneros, como se ha visto, se suceden sin interrupcion desde el primer siglo hasta el diez y nueve: véase el carácter de perpetuidad. No hay siglo, no hay medio siglo en que no hayan conquistado algun nuevo pueblo para la Iglesia católica, y en que no hayan verificado maravillosas transformaciones de ideas y costumbres: desde un polo al otro todo lo han doblegado á la doctrina dogmática y moral del cristianismo, la diversidad de razas, de inteligencias, de temperamentos, de hábitos, de instituciones (1): véase el carácter de fecundidad. No hay nacion lejana, no hay tribu que no haya tenido que admirarse de verlos internar en su seno, no por amor á la glo-

(1) Véase los *Beneficios de la religion crist.*, por Eduardo Ryan; la *Historia general de las Indias*, por Herrera; la obra de Muratori sobre las misiones del Paraguay: la *Historia del Japon* y la *Hist. del Paraguay* por Charlevoix; las *Cartas edificantes*, etc.; los *Anales de la propagacion de la fé*; la *Histor. de las misiones*, por Henrion; las *Conferencias sobre las doctrinas y prácticas de la Iglesia católica*, por N. Wiseman, tom. I, conferencia séptima.

ria y á la ciencia, no por amor al oro ó á la plata, sino por la caridad sola, por el amor de Dios y el amor de sus semejantes á Dios: véase el carácter de desinterés, al que un autor anglicano ha rendido este magnífico homenaje: «Hay que confesar que es un espectáculo admirable para todo hombre imparcial, ver á aquellos hombres excitados por motivos tan diferentes de la mayor parte de las acciones humanas, exponerse á toda especie de peligros, sacrificar todas las comodidades de la vida, vencer todas las prevenciones que van unidas á la cualidad de extranjeros en un pais donde se mira como un crimen abandonar los sepulcros de los antepasados, y finalmente obtener los establecimientos necesarios para la propagacion de su fé, sin hacer servir nunca su influencia á sus intereses personales. Su conducta supone por necesidad sentimientos que los mundanos apenas creen que puedan existir (1).» En una palabra, no hay tierra evangelizada por nuestros misioneros que no haya sido regada con sus sudores, casi ninguna que no lo haya sido con su sangre, y en donde no hayan señalado su ministerio con sufrimientos, con muertes heroicas. Véase el carácter de fuerza que tan bien expresan estas palabras de una carta de M. Chauveau, clérigo de las misiones extranjeras, fechada en Macao á 20 de noviembre de 1845: «O los chinos nos escuchan, ó nos ex-

(1) *Relacion auténtica de una embajada enviada por el rey de la Gran Bretaña al emperador de la China*, por sir G. Staunton, Londres, 1797, tom. II.—Véase los *Anales de la propagacion de la fé*, número 30.—En ese mismo número se halla un extracto del periódico protestante la *Revista mensual* (enero de 1831), que llama á los misioneros franceses, españoles y portugueses de América, los padres y bienhechores de los pueblos, por cuya salvacion, dice, *velan con tanto cuidado y tanto celo*. A este homenaje hay que añadir el de un escritor protestante, que al hablar de los jesuitas (bastante odiados, como es sabido, por la Reforma, para que la pluma de uno de sus adeptos debiera naturalmente negarse á ese elogio) dijo: que «los triunfos de sus misioneros provenian especialmente de su heroica caridad.» (*Quarterly Review*, núm. LXIII, página 3).—Sir Alejandro Johnston, alto juez de la isla de Ceilan, ha elogiado tambien el desinterés de los misioneros católicos (*Conferencias de N. Wiseman*; conferencia séptima).